



VIII

Las mañanas en que Pedro no salía y se quedaba en el palacio Boccanera, había tomado la costumbre de pasar horas enteras en el estrecho y abandonado jardín que en otra época terminaba con una especie de logia porticada, desde la que se podía bajar al Tiber por una doble escalera. Entonces aquel jardín había quedado reducido á ser un delicioso rincón solitario, perfumado por las naranjas en su madurez y en el que centenares de naranjos eran los únicos que, con sus líneas simétricas, indicaban el dibujo primitivo de los paseos. Allí encontraba también el olor penetrante de los bojes amargos, de los grandes bojes que habían crecido en la antigua pila del centro que el tiempo y el abandono dejaron llenar de tierra.

Durante esas mañanas de Octubre, tan luminosas y de un encanto tan tierno y penetrante se gozaba una dicha muy grande al vivir; pero Pedro llevaba ahí sus

ensueños del Norte, el recuerdo de los sufrimientos, su alma de continua fraternidad condolidada que hacía hallarse más suave la caricia del claro sol en aquel aire de voluptuoso amor. Ibase siempre á sentar apoyado en la pared de la derecha y sobre un pedazo de columna truncada y derribada, á la sombra de un enorme laurel, que era negro y de balsámica frescura. A su lado, en el antiguo sarcófago cubierto de moho verduzco, en cuyos bajo relieves los lascivos faunos violentaban á las mujeres, el delgado chorrito de agua que se desprendía de la trágica carátula, pegada al vetusto muro, añadía á los encantos de aquel lugar la música continua de su nota de cristal. Allí leía los periódicos, las cartas, toda la correspondencia del bueno del abate Rose, que le tenía al corriente de su caritativa obra y del estado de los miserables del sombrío París ya estremecido por las heladas nieblas é inundado de lodo. ¡Ah! ¡Esas miserias de los países fríos, qué tremendas son! Madres é hijos pequeños iban muy pronto á tiritar dentro de sus miserables zahurdas mal cerradas y peor acondicionadas para resistir el frío; los hombres, á los que las grandes heladas iban á obligar á suspender la mayor parte de sus trabajos, perecían con toda aquella agonía sufrida bajo la nieve por los desdichados, el relato de esas miserias terribles yendo á parar allí bajo aquel cálido sol, á aquel aire, embalsamado con el aroma de los frutos en su madurez, á aquel país de cielo azul y de pereza voluptuosa en donde, aun en invierno, agradaba dormir al aire libre al abrigo del viento en algún soleado rincón!

Una mañana encontró Pedro á Benedetta sentada en el trozo de columna que le servía ordinariamente de asiento. Al verle lanzó un ligero grito de sorpresa

quedándose como cortada durante un momento porque precisamente tenía en la mano el libro del presbítero, esa *Nueva Roma* que había leído una primera vez sin comprenderla bien. Apresuróse á detenerle haciendo sentarle á su lado, confesándole con su hermosa franqueza, con su aire de tranquila razón que si había bajado hasta allí era para encontrarse á solas y aplicarse en aquella lectura lo mismo que una colegiala ignorante. Hablaron como amigos y aquella hora pasóse para Pedro de una manera muy agradable. Por más que Benedetta rehuyese el hablar de ella, comprendió Pedro perfectamente que eran sus penas lo que le acercaban á él, como si el sufrimiento la hubiese henchido el corazón hasta el extremo de hacerla preocupar por los demás que sufrían en este mundo. No había pensado nunca en esas cosas con su orgullo de patricia que consideraba la gerarquía como emanada de una ley divina, los ricos, los poderosos arriba; los pobres, los que sufren miseria, abajo, sin que haya ningún cambio posible y, al leer ciertas páginas del libro ¡qué asombros más grandes experimentaba! ¡Y qué trabajo más grande la costaba iniciarse en todo aquello! ¿Cómo? ¿Interesarse por el pueblo bajo; creer que tenía alma igual, las mismas penas y querer trabajar para su dicha lo mismo que si se tratase de un hermano? Esforzabase sin embargo Benedetta para conseguirlo pero no lo lograba del todo con un temor sordo de cometer un pecado por que lo mejor es no tocar y cambiar el orden establecido por Dios y consagrado por la Iglesia. Era caritativa, daba las limosnas acostumbradas, pero no daba su corazón, carecía totalmente de altruismo, de verdadera simpatía, pues, nacida y criada en el atavismo de una raza diferente hecha para tener hasta en lo

alto del cielo tronos colocados sobre la plebe de los elegidos, no lo comprendía.

Otras mañanas volvieron á encontrarse bajo el laurel y al pie de la fuente cantante, y Pedro, desocupado, cansado de esperar una solución que, de hora en hora, parecía hallarse cada vez más lejos, se apasionó para amar con libertadora fraternidad á aquella joven tan hermosa, esplendente con su juvenil amor. Una idea fué la que continuó inflamándole, la de que catequizaba á la misma Italia, la reina de la belleza, adormecida aun con su ignorancia y que había de recobrar su antigua grandeza si se despertaba cuando llegasen los tiempos nuevos, con un alma expansiva, llena de compasión hacia las cosas y los seres. La leyó las cartas del buen abate Rose y la hizo estremecer con el sollozo, con el hondo lamento que se exhala de las grandes poblaciones. Puesto que tenía unos ojos de tan profunda ternura, puesto que de toda ella emanaba la dicha de amar y de ser amada ¿porque no había de reconocer con él, que la ley de amor era la única salvación de la humanidad que sufre, caída por el ódio en peligro de muerte? Lo reconocía y quería darle la alegría de creer en la democracia, en la reforma fraternal de la sociedad, pero en los otros pueblos, no en Roma, porque involuntariamente acudía la risa á sus labios, cuando evocaba lo que quedaba del Transtibere, fraternizando con lo que se conservaba aun de los antiguos regios palacios. ¡No! ¡No! Esto hacía muchísimos años que duraba y no convenía cambiar en nada aquellas cosas. En resumen: la educanda no hacía grandes progresos y solo la conmovía verdaderamente la pasión de amor y caridad que ardía con tanta intensidad en aquel sacerdote, pasión que éste apartó castamente de la criatura

para no fijarse más que en la creación entera. Durante algunas de esas soleadas mañanas de Octubre, anudóse entre ellos un lazo de dulzura exquisita, amáronse realmente, con un amor profundo y puro dentro del gran amor que á los dos los consumía.

Llegó un día en que Benedetta, con el codo apoyado en el sarcófago, habló de Darío, cuyo nombre había evitado pronunciar hasta entonces. ¡Ah! ¡Pobre amigo! ¡Cuán discreto y arrepentido se había mostrado después de su arranque de brutal demencia! Al principio, para ocultar su turbación, habíase marchado á pasar tres días en Nápoles, á donde le siguió Tonietta, la hermosa muchacha de los célebres ramos de rosas blancas, que se había enamorado de pronto de él. Y después, desde que había regresado al palacio, evitaba el encontrarse á solas con su prima y no la veía apenas más que los lunes y esto con aire sumiso é implorando perdón con los ojos.

—Ayer le encontré en la escalera,—siguió diciendo Benedetta,—le dí la mano y comprendió que yo no estaba incomodada; se puso muy contento, ¿qué quereis? No se puede ser severadurante mucho tiempo, y después, tengo miedo de que no le pase algo malo con esa mujer si se divertía demasiado para aturdirse. Es preciso que sepa que le amo siempre y que, como siempre, le espero. ¡Ah! ¡Es mío y nada más que mío! Estaría para siempre en mis brazos si yo pudiera decir una palabra, pero por desgracia, nuestros asuntos van muy mal; tan mal!...

Callóse, y al borde de sus pestañas, asomaron dos gruesas lágrimas. El pleito de la anulación del casamiento, estaba efectivamente como parado ante obstá-

culos de todas clases, que todos los días se aumentaban.

A Pedro conmoviéronle aquellas lágrimas tan raras en Benedetta, que muchas veces, con serena sonrisa, había confesado que no sabía llorar. Fundióse empero su corazón, y se quedó como anonadada, apoyándose en el mohoso sarcófago, medio carcomido por el agua, mientras que el cristalino hilo que caía de la boca abierta de la trágica carátula, continuaba su perlina nota de flauta. La idea brusca de la muerte se presentó de pronto ante el presbítero, al ver á Benedetta, tan joven, tan esplendente de belleza desfallecer al pié de aquel antiguo mármol, en el que, los faunos persiguiendo á las mujeres en una bacanal desenfrenada, revelaban la supremacía del amor, del que los antiguos tenían á gala esculpir los símbolos en las sepulturas como para afirmar la eternidad de la vida. Y una ráfaga de viento caliente, pasó por la soleada y silenciosa soledad del jardín, arrastrando el olor penetrante de los naranjos y de los bojes.

—¡Cuando se ama se es fuerte!—murmuró Pedro.

—Si, teneis razón,—contestó Benedetta, sonriendo esta vez.—No soy una niña... pero vuestra es la culpa, con vuestro libro... No lo comprendo más que cuando sufro. ¿No es verdad, que en medio de todo voy adelantando? Puesto lo quereis, que todos los pobres sean mis hermanos, y ellas sean mis hermanas, todas las que tienen penas como yo!

Por lo general, Benedetta era la primera que se retiraba, y Pedro se entretenía, quedándose solo bajo el laurel, en el ligero perfume de mujer, y allí meditaba confusamente en cosas tristes y alegres. ¡Que dura se mostraba la existencia para los pobres seres á los que

enardecía la única sed de felicidad! A su alrededor el silencio se había aumentado aún, todo en el viejo palacio dormía su pesado sueño de ruina, con su patio inmediato cubierto de hierba, rodeado de un pórtico muerto, en donde enmohecían los mármoles de las excavaciones, un Apolo sin brazos, y el cuerpo truncado de una Vénus, y de lejos en lejos ese silencio de muerte no estaba turbado más que por el rodar de la carroza de algún prelado, que iba á visitar al cardenal, internándose bajo el portal y dando la vuelta en el patio con gran estrépito de ruedas.

Un lunes, á eso de las diez y cuarto, en el salón de *donna Serafina*, no se hallaban más que los jóvenes. Monseñor Naní no hizo más que presentarse un momento y el cardenal Sarno acababa de retirarse. Y al lado de la chimenea, en su sitio de costumbre, *donna Serafina* estaba como apartada de todos, con la mirada fija en el lugar que antes ocupára el abogado Morano, que seguía sin querer parecer por allí. Ante el sofá, en que *Benedetta* y *Celia* estaban sentadas, hallábanse en pie *Darío*, el abate Pedro Froment y Narciso Habert, hablando y riendo. Desde hacía unos cuantos minutos, el último se entretenía en hacer broma al príncipe, al que aseguraba haber visto en compañía de una muchacha muy hermosa.

—No lo negueis, querido, porque en realidad es muy hermosa... soberbia... Iba á vuestro lado y os internasteis en una callejuela desierta, en el Borgo Angélico, según creo, y por discreción no quise seguirlos.

Darío se sonrió con mucha tranquilidad, como un hombre dichoso é incapaz de renegar de su gusto apasionado por la belleza.

—Sin duda era yo, no tengo para que negarlo,—dijo,—solo que el asunto no es lo que os figurais.

Y volviéndose hacia *Benedetta* que también se reía sin ninguna sombra de celosa inquietud, si no al contrario satisfecha de la alegría que *Darío* había dado á los ojos durante un momento, añadió:

—Se trata de aquella pobre muchacha á la que encontré llorando un día, hará de esto unas seis semanas... Sí, aquella obrera, aquella perlera que lloraba por que habían cerrado el taller y que echó á correr delante de mi para guiarme á casa de sus padres cuando quise darla algunas monedas. Se trata de *Pierina* ¿te acuerdas?

—¿De *Pierina*? Sí, perfectamente.

—Pues imagináos que desde aquel día la encontré después cuatro ó cinco veces en mi camino. Y no lo niego, es tan extraordinariamente hermosa que, cuando la veo, me detengo y la hablo... El otro día la acompañé hasta la casa de un fabricante; pero aun no ha encontrado trabajo y se echó á llorar; para consolarla la dí un beso. ¡Ah! Se quedó sobrecogida y tan feliz... tan feliz!

Todos se echaron á reir al oír la historia. *Celia* fué la primera que dejó de reir y con grave acento, dijo:

—Sabed, *Darío*, que esa muchacha os ama y que no conviene que seáis malo.

A la cuenta *Darío* pensaba como ella porque miró otra vez á *Benedetta* con un alegre y significativo movimiento de cabeza como para decir que si ella le amaba él no la correspondía. Una perlera, una muchacha del pueblo bajo ¡eso no! Podrá ser una *Venus*, pero no una amante, ¡esto imposible! Y se divirtió mucho con la romántica aventura que *Narciso* arregló con un so-

neto á la moda antigua: la hermosa perlera se enamora locamente del apuesto príncipe, bello como el sol, y que la ha dado un escudo, conmovido al ver su infortunio. Trastornada desde entonces la hermosa perlera al ver que era tan caritativo como gallardo, le sigue por todas partes sujeta á sus pasos por un lazo de fuego, y la hermosa perlera, que ha rechazado el escudo, pide con sus miradas sumisas y tiernas y obtiene la limosna que un día el joven príncipe se dignó hacerla de su corazón. Benedetta se divirtió mucho con aquel juego, pero Celia, con su angélica faz y su aire de jovencita que parecía debía ignorarlo todo, permanecía muy seria y repetía con tristeza.

—¡Darío, esa mujer os ama!

Entonces la *contessina* se apiadó á su vez.

—¡No son felices, pobres gentes!

—¡Ah! Aquella es una miseria que, ni aun viéndola, se puede creer en ella. El día en que me hizo seguirla á los Prados del Castillo, me quedé sin saber lo que me pasaba ¡aquello es un horror, pero un horror que asombra!

—Recuerdo que hicimos el propósito de ir á ver á esos desgraciados—dijo Benedetta—y créo hemos hecho mal retrasando tanto la visita ¿no es verdad? Y vos, señor abate Froment, manifestais deseos, para completar vuestros estudios, de acompañarnos en esta visita y ver de cerca de ese modo la clase pobre de Roma.

Levantó la cabeza y fijó sus miradas en Pedro, que permanecía silencioso desde hacía un momento. Se enterneció mucho al observar que se la ocurría aquella idea de hacer caridad, porque comprendió, en el ligero temblor de su voz, que deseaba mostrarse una discípulo-

la dócil, que hacía progresos en el amor hacia los pequeños y los míseros. Enseguida se apoderó de él la pasión de su apostolado.

—Sí,—dijo,—no me marcharé de Roma hasta después de haber visto de cerca el pueblo que sufre sin pan y sin trabajo. Ahí está precisamente la enfermedad de todas las naciones, y la salvación no puede venir más que con la curación de la miseria. Cuando las raíces del árbol no se alimentan, el árbol muere.

—Pues bien; entonces pongámonos de acuerdo inmediatamente,—respondió Benedetta,—ireis con nosotros á los Prados del Castillo, y Darío nos acompañará.

El príncipe, que había escuchado con asombro al presbítero sin comprender bien aquella imagen del árbol y de sus raíces, exclamó, dominado por gran angustia.

—No, no quiero, prima, vete tú á pasear por allí con el señor abate, si es que semejante paseo te divierte... pero estuve allí y no pienso volver, ¡palabra! Al volver me faltaba poco para tenerme que meter en cama, pues tenía la cabeza y el estómago trastornados. ¡No! ¡No! todo aquello es demasiado triste, no es posible... es una abominación!

En aquel instante, una voz desagradable que revelaba descontento, elevóse de lado de la chimenea. Donna Serafina salía, al cabo, de su largo mutismo.

—Tiene razón Darío. Envíales una limosna, querida, á la que de muy buena voluntad uniré yo la mía... y ten presente que hay otros sitios más agradables á los que con más utilidad puedes acompañar al señor abate. ¡A la verdad que vas á hacer que se lleve un buen recuerdo de nuestra ciudad!

El orgullo romano sobresalía en medio de su malhumor. ¿A qué conducía el enseñar las llagas á los extranjeros, que iban tal vez animados por intenciones hostiles? Era necesario que fuese todo siempre hermoso, y no mostrar á Roma más que con todo el aparato de su gloria.

Narciso se apoderó de Pedro, diciéndole:

—Es verdad, amigo mío, se me había olvidado recomendaros ese paseo, es necesario que veáis el nuevo barrio que han levantado en los Prados del Castillo. Es típico y resumen de todos los demás. Viéndolo no perderéis el tiempo, os respondo de ello, porque no hay nada que pueda deciros tanto acerca de la Roma moderna, de la actual. ¡Es una cosa extraordinaria, pero muy extraordinaria!

Encarándose con Benedetta, la dijo:

—Es cosa convenida, ¿queréis, señora, que sea para mañana? Allá abajo nos encontraréis al abate y á mí, porque deseo antes ponerle al corriente de todo para que comprenda lo que va á ver. ¿Os parece buena hora la de las diez?

Antes de responder, volvióse Benedetta hacia su tía á la que, con mucho respeto, manifestó su opinión.

—Tened presente, querida tía, que el señor abate ha debido encontrar bastantes mendigos en sus correrías por nuestras calles y puede verlo todo. Y, aparte de esto, después de lo que dice en su libro, creo que no verá en Roma lo que ya no haya visto en París. En todas partes, según dice él mismo, el hambre es igual.

Después la emprendió con Darío, con mucha dulzura y con un aire muy razonable.

—Has de saber, Darío, que me darás una verdadera satisfacción acompañándome allá abajo. Sin tí, parece-

ría quizás demasiado que caemos del cielo... Tomaremos el coche é iremos á reunirnos con estos señores. De ese modo daremos un buen paseo, ¡hace mucho tiempo que no hemos salido juntos!

Indudablemente esto era lo que la encantaba; el tener ese pretexto para llevarle en su compañía, para reconciliarse por completo con él. Comprendiéndolo así, no se pudo esquivar y afectó tomarlo á broma.

—¡Ah! Vas á ser causa, prima, de que yo tenga pesadillas en todo lo que falta de semana. Una expedición tan alegre como esa que proyectas, es lo más apropiado para echar á perder durante ocho días la dicha de vivir.

Se estremecía rebelándose de antemano. Comenzaron otra vez las risas y no obstante la muda desaprobación de *donna* Serafina, la cita para la reunión quedó acordada para las diez de la mañana siguiente. Al marcharse manifestó Celia cuanto sentía no poderlos acompañar. Con su candor cerrado de lirio en botón, no le interesaba más que Pierina; por esto, al llegar á la antecámara se inclinó al oído de su amiga.

—Contempla bien esa belleza,—la dijo,—para decirme si realmente es hermosa, más hermosa que todas.

Al día siguiente á las nueve, cuando Pedro encontró á Narciso cerca del castillo de Santangelo, admiró verle otra vez sumido en su entusiasmo por el arte, lánguido y desfallecido. Al principio no se trató solo de los nuevos barrios ni de la tremenda catástrofe económica que habían producido. Narciso contó que se había levantado con el sol para ir á pasar una hora delante de la Santa Teresa de Bernin. Decía que, cuando pasaba ocho días sin verla, sufría, con el corazón henchido de lágrimas, como si se viese privado de la presencia de una querida muy amada. Tenía horas para quererla de

un modo diferente, según los efectos de luz; por la mañana, con todo el arranque místico de su alma bajo la luz del alba que la vestía de blancura, después, por la tarde, con toda la pasión roja de la sangre de los mártires; al iluminarla los rayos oblicuos del sol poniente, cuya llama parecía manar en ella.

—¡Ah! ¡No podéis imaginaros lo que ha sido el despertar de esta mañana!—declaró con su aire de cansancio y los ojos apagados.—¡Qué cosa más deliciosa y conmovedora! Una virgen ignorante y pura que quebrantada por la voluptuosidad abre lánguidamente los ojos embelesada aún por haber sido poseída por Jesús... ¡Ah! ¡Es para morirse!

Después, calmándose, y en cuanto dieron unos cuantos pasos, recobró su voz clara, de mozo ducho en los negocios y muy aplomado en cosas de la vida práctica.

—Vamos pues á dirigirnos tranquilamente hacia los Prados del Castillo, cuyas construcciones veréis allá abajo desde aquí... enfrente de nosotros, y andando, os contaré lo que sé. ¡Ah! Es la historia más extravagante, una de esa hazañas de la locura de la especulación, que són hermosas como obra monstruosa y bella de algun genio desequilibrado. Me enteraron algunos parientes míos que han jugado aquí y que ¡já fé mial ganaron sumas considerables.

Y entonces, con una claridad y precisión extraordinarias, propias de un hombre de negocios, empleando los términos técnicos con facilidad, contó la extraordinaria aventura. Al día siguiente de la conquista de Roma y cuando Italia entera deliraba de entusiasmo con la idea de poseer al fin la capital tan codiciada, la antigua y gloriosa ciudad, la eterna que tenía la promesa del imperio del mundo, lo que hubo al principio fué

una explosión muy legítima de la alegría y de la esperanza de un pueblo joven, constituido la víspera y deseoso de afirmar su poder. Se trataba de tomar posesión de Roma y de convertirla en una capital digna de un gran reino; se trataba ante todo de sanearla, de limpiarla de las basuras que la deshonraban. No se puede imaginar la inmunda suciedad que bañaba la ciudad de los papas, la Roma *sporca* echada de menos por los artistas, en la que no había letrinas, sirviendo la vía pública para todas las necesidades; las ruinas augustas convertidas en retretes públicos, los alrededores de los antiguos regios palacios manchados con excrementos, cubiertos con montones de mondaduras, de restos de todas clases, de materias en descomposición, que, por otra parte, abundaban por todo, lo que convertía las calles en sumideros emponzoñados, de las que manaban continuas epidemias. Se imponía la necesidad de grandes trabajos de edilidad; se trataba de una verdadera medida de salvación y de higiene, del rejuvenecimiento, de asegurar y alargar la vida del mismo modo que era muy natural pensar en edificar nuevas casas para los nuevos habitantes que debían acudir de todas partes. El hecho pasó también en Berlín, después de la constitución del imperio de Alemania, y se vió aumentar á aquella ciudad su población como con la celeridad del rayo y por centenares de miles de almas. Indudablemente iba Roma también á doblarla, triplicarla, quintuplicarla, atrayendo á ella las fuerzas vivas de las provincias y convirtiéndose en el centro de la existencia nacional. Y desde entonces se mezcló en esto el orgullo, pues era necesario demostrar al gobierno arrinconado del Vaticano, aquello de que era capaz Italia y con que esplendor iba á brillar Roma, la nueva

Roma, la tercera, que sobrepujaría á las otras dos, á la imperial y á la papal, con la magnificencia de sus vías y el flujo desbordante de sus muchedumbres.

Durante los primeros años la construcción encerróse, sin embargo, dentro de ciertos límites muy prudentes; fueron lo bastante cuerdos para no construir más que á medida que lo exigían las circunstancias. De un salto se dobló la población y subió de doscientos mil habitantes á cuatrocientos mil, pues ese pequeño mundo formado por los empleados y funcionarios que fueron con las oficinas públicas, toda esa muchedumbre que vive del Estado, ó confía en que vivirá, sin contar los ociosos y aquellos que solo viven para disfrutar y á los que una corte arrastra tras sí, instaláronse allí. Esta fué la primera causa de la embriaguez; nadie dudó de que ese movimiento ascensional continuaría y hasta que se precipitaría. Desde luego, la ciudad de la víspera no bastaba; era necesario no esperar para hacer frente á las necesidades de mañana, ensanchando á Roma y fuera de Roma, poblando los antiguos y desiertos arrabales. Se habló también del París, del segundo imperio, tan agrandado y convertido en una ciudad de luz y de salud; pero en las orillas del Tíber fué la falta la de que, desde el primer momento, no hubo ni un plan general ni un hombre de mirada serena y clara, dueño soberano de la situación y que se apoyase en poderosas sociedades financieras. Y lo que el orgullo comenzó, esa ambición de dejar atrás en esplendores á la Roma de los Césares y de los papas, esa voluntad de rehacer la Ciudad Eterna, la Predestinada, centro y reina de la tierra, lo concluyó la especulación con una de esas extraordinarias ráfagas del agio, con una de esas tempestades que nacen, causan estragos, lo destruyen

y arrastran todo sin que nada avise su llegada ni pueda detenerlas. De pronto corrió el rumor de que terrenos que se habían comprado á cinco francos el metro, se revendían á ciento y se encendió la fiebre; mas una de esas fiebres de todo un pueblo al que apasiona el juego.

Una bandada de especuladores, procedentes de la alta Italia, cayó sobre Roma, la más noble y la más fácil de todas las presas. Para aquellos montañeses, pobres y hambrientos, empezó entonces la satisfacción de todos sus apetitos en el mediodía voluptuoso en que es tan agradable la vida de tal manera que las delicias del clima, corruptions de por sí, activaron la descomposición moral. Además, en realidad, no había más que bajarse y los escudos se podían recoger á paladas entre los escombros de los primeros barrios viejos que se despazurraron. Los diestros, los previsores que olfateando el trazado de nuevas vías se hicieron dueños de los inmuebles amenazados de expropiación, doblaron sus capitales en menos de dos años. Entonces fué cuando aumentó el contagio envenenando la ciudad entera desde uno á otro extremo, y los habitantes todos fueron arrastrados por ese torbellino; todas las clases sociales participaron de la locura, príncipes, burgueses, modestos propietarios, hasta los tenderos, panaderos, drogueros, zapateros, todos, en fin, hasta el extremo de que después se presentó el caso de un panadero que quebró por cuarenta y cinco millones. Aquello no fué más que juego; pero un juego exasperado, desatentado, en el que la fiebre había reemplazado al tranquilo juego de la lotería papal; un juego en el que se cruzaban millones y en el que terrenos y construcciones llegaron á ser ficticios y nada más que simples pretextos para jugadas de Bolsa. El antiguo orgullo atávico que soñó en con-

vertir á Roma en la capital del mundo, se exaltó de ese modo hasta la demencia, bajo aquella cálida calentura de la especulación, comprando y edificando para revender sin medida y sin descanso, del mismo modo que se emiten acciones en tanto que las prensas quieran imprimirlas.

Jamás ciudad alguna en evolución, ha dado un espectáculo semejante, y hoy, cuando se trata de explicar aquello, quédase cualquiera confundido. La cifra de la población había llegado á exceder de quinientos mil habitantes y se dijera que se estacionó, pero esto no impidió que la vegetación de los barrios nuevos siguiese surgiendo con fuerza del suelo y cada vez con más ímpetu, ¿para qué pueblo moderno construían con aquella especie de rabia? ¿Por qué especie de aberración llegaron al extremo de no esperar á los habitantes, preparando así millares de habitaciones para las familias de mañana que tal vez irían allí? La única excusa, era la de haberse dicho con anticipación, y era una verdad indiscutible que la tercera Roma, la capital triunfante de Italia, no podía por menos de llegar á tener un millón de habitantes. Estos no se habían presentado, más indudablemente irían y ningún patriota podía dudar, sin cometer un crimen de lesa nación. Y seguían construyendo; construían, edificaban sin descanso ni tregua para aquellos quinientos mil habitantes que estaban en camino. Nadie se inquietó preguntando cual sería el día de su llegada, bastaba con que se contase con esta. Todavía en Roma las sociedades que se habían formado para construir grandes vías á través de los antiguos barrios malsanos y derribados, vendían ó alquilaban sus inmuebles, realizando considerables beneficios. Únicamente á medida que la locura iba en

aumento, creáronse otras sociedades para satisfacer el deseo del lucro y con el objeto de edificar fuera de Roma más barrios, ¡siempre barrios! verdaderas reducidas poblaciones de que no había ninguna necesidad. En la puerta de San Juan, en la puerta de San Laureano, los barrios extramuros surgieron como por milagro. En los inmensos terrenos de la Villa Ludovisi, desde la puerta Salaria á la puerta Pía, hasta Santa Ana, comenzaron un esbozo de ciudad. Y por último, en los Prados del Castillo fué toda una ciudad la que se quiso hacer que naciese, con su iglesia, su escuela y su mercado. Y no se trataba de modestas casas para obreros, de casas económicas para la burguesía pobre y los empleados de poco sueldo, sino de edificios colosales, de verdaderos palacios con tres y cuatro pisos, desmenujando fachadas uniformes y desmesuradas, que convertían esos nuevos barrios de extramuros en barrios babilónicos que solo capitales de vida muy intensa ó de mucha industria, como París ó Londres, eran capaces de poblar; ahí están esos monstruosos productos del orgullo y del juego y qué página de historia, qué lección más amarga no encierran, cuando Roma, hoy arruinada, se ve además deshonrada por ese amplio cinturón de grandes osamentas yesosas y vacías, en su mayor parte sin concluir y cuyos escombros siembran ya las calles cubiertas de hierba!

El hundimiento fué fatal; el desastre horrendo. Narciso dió las razones y explicó las fases con tanta claridad, que Pedro lo comprendió perfectamente. Numerosas sociedades de crédito crecieron, naturalmente, en ese terreno abonado de la especulación, la «Inmobiliaria», la «Sociedad de edilidad y construcción» la «Fondaria», la «Tiberiana», «El Esquilino». Casi todas se

constituyeron para construir, edificando caserones enormes y calles enteras, para luego revenderlo todo. Jugaban también sobre los terrenos y los cedían con gran beneficio á pequeños especuladores que se improvisaban por todas partes, soñando á su vez con beneficios, con el alza continua y ficticia que determinaba la fiebre creciente del agio. Lo peor era que esos burgueses, esos tenderos sin experiencia, enloquecían hasta el extremo de convertirse también en constructores, tomando dinero á préstamo en los Bancos ó dirigiéndose á las mismas Sociedades que les vendieran los terrenos, en demanda de los fondos necesarios para terminar las construcciones. Con mucha frecuencia esas sociedades, para no perderlo todo, veíanse un día obligadas á apoderarse del terreno y de lo edificado en él, aun cuando estuviera sin concluir, y esto producía entre sus manos un entorpecimiento muy grande, que debía ser la causa de su muerte. Si el millón de habitantes hubiese ido á ocupar las habitaciones que le preparaban, animados por un sueño de extraordinaria esperanza, habríase engrandecido Roma, llegando á ser una de las capitales más florecientes y enriqueciéndose además en diez años, pues las ganancias fueran incalculables. Lo único que sucedía era que aquellos habitantes mostrábanse muy reacios para ir; no se alquilaba nada y todas las casas estaban vacías. Entonces estalló la crisis con la violencia del trueno y con una fuerza inusitada por dos razones. Desde luego las casas construídas por sociedades eran demasiado grandes y difíciles de adquirir, lo que hacía que ante su compra retrocediese la mayoría de los modestos rentistas deseosos de colocar su capital en bienes inmuebles. El atavismo obró en esta ocasión; los constructores se deslumbraron con lo grande, crea-

ron una série de palacios destinados á aplastar á los de las otras edades, pero que iban á quedarse abandonados y desiertos como uno de los testimonios más inauditos de la impotencia del orgullo.

No se encontraron, pues, capitales particulares que se atreviesen ó pudiesen substituir á los de las sociedades. Aparte de esto, tanto en París como en Berlín los barrios nuevos, los embellecimientos de las poblaciones se hacen con capitales nacionales, con el dinero del ahorro. En Roma sucedió todo lo contrario; todo se edificó apelando al crédito, con letras de cambio á noventa días y sobre todo con dinero extranjero. Se aprecia la cantidad que allí engulló la catástrofe, en más de mil millones cuyas cuatro quintas partes era dinero francés. Esto se hacía sencillamente de banquero á banquero, los banqueros franceses prestando al tres y medio ó al cuatro por ciento á los banqueros italianos, que por su parte prestaban á los especuladores y á los constructores de Roma al seis, al siete y hasta el ocho por ciento. Es fácil imaginar cuan grande debió ser el desastre el día en que habiéndose sabido que Italia se había aliado con Alemania, retiró Francia sus ochocientos millones en menos de dos años. Prodújose un inmenso reflujó, vaciando las bancas italianas y las sociedades dedicadas á la especulación sobre terrenos y edificios, obligadas á su turno á embolsar, tuvieron necesariamente que dirigirse á las sociedades de emisión, á las que tenían la facultad de emitir papel. Al mismo tiempo intimidaron al Estado, amenazándole con detener todos los trabajos, lanzando á las calles de Roma cuarenta mil hombres sin trabajo si no obligaba á las sociedades de emisión á prestarles los cinco ó seis millones en papel que necesitaban para salir del paso, á lo

que el Estado concluyó por ceder ante el temor de una quiebra general. Naturalmente, al llegar los vencimientos, no pudieron devolverse esos cinco ó seis millones, puesto que las casas ni se vendían ni se alquilaban, de modo que el derrumbamiento comenzó, se precipitó, amontonándose escombros sobre escombros; los especuladores en pequeño cayeron sobre los contratistas, éstos sobre las sociedades constructoras, éstas sobre las de emisión, que á su vez se desplomaron sobre el Crédito público, arruinando la nación. He ahí de que manera una crisis sencillamente edilicia se convirtió en un tremendo desastre económico, en un peligro de hundimiento nacional, después de haberse engullido la tierra inutilmente mil millones, y Roma quedar afeada, llena de ruinas juveniles vergonzosas y las casas abiertas y vacías para los quinientos mil habitantes soñados que aun no han ido y á los que continúan esperando.

Desde luego, dados los vientos de gloria que soplaban, hasta el Estado lo veía todo grande, colosal. Se trataba de crear con todas sus piezas una Italia grande haciéndola llevar á cabo en veinticinco años la obra de la unidad y de la grandeza para la que otras naciones han empleado siglos para hacerlo sólidamente. Así que demostró una actividad febril, hizo gastos prodigiosos en canales, puertos, carreteras, ferrocarriles, trabajos públicos desmesurados en todas las poblaciones. Se improvisaba, se organizaba la gran nación; pero no se contaba. Desde que se aliaron con Alemania los presupuestos de Guerra y Marina consumen inútilmente muchos millones y no se hacía frente á las necesidades, cada día más grandes, más que á fuerza de emisiones, y los empréstitos se hacían todos los años. Solo en Roma la construcción del ministerio de la

Guerra costó diez millones, la del ministerio de Hacienda quince y se gastaban cien millones para los muelles, que aun no están concluidos y se consumieron más de doscientos cincuenta millones en trabajos de defensa al rededor de la ciudad. Eso era, entonces, ahora y siempre, la manifestación del orgullo fatal, la sávia de esa tierra que solo puede florecer con proyectos muy vastos, con la voluntad de deslumbrar al mundo y de conquistarlo, en cuanto se pone el pie en el Capitolio ó hasta en el polvo acumulado de todos los poderes humanos que se han derrumbado unos sobre otros.

—Y ahora, amigo mío,—continuó diciendo Narciso, —si yo descendiese á contaros las historias que circulan, que se cuentan al oído, si os citase ciertos hechos os quedaríais asustado, estupefacto, ante el grado de demencia á que llegó esta ciudad entera, á pesar tan razonable en el fondo aunque muy indolente y egoísta cuando la dominó como contagiosa fiebre, esa tremenda pasión de jugar. Los de poco capital, los codiciosos, los ignorantes y los tontos no fueron los únicos que se arruinaron, porque las grandes familias, casi toda la nobleza romana dejó que se derrumbasen las antiguas fortunas, el oro, los palacios y las magníficas galerías de objetos de arte que debían á la magnificencia papal. Esas riquezas colosales, que necesitaron siglos enteros de nepotismo para vincularse en unos pocos, fundiéronse como la cera, en menos de diez años, al calor del fuego nivelador del agio moderno.

Olvidándose después de que hablaba con un presbítero, le contó una de esas historias equívocas.

—¡Ved lo que son las cosas! Ahí tenéis á nuestro buen amigo Darío, príncipe de Boccanera, último de

este título que se ve obligado á vivir con las migajas que le sobran á su tío el cardenal, el cual tampoco anda muy sobrado, pues solo cuenta con lo que le produce su cargo; pues bien, quizás iría, no en coche si no en carroza á no ser por el extraordinario asunto de la villa Montefiori... Quizás os habrán enterado ya... Los vastos terrenos de esa villa cediéronlos por diez millones á una compañía constructora y más tarde el príncipe Onofrio, el padre de Darío, atenaceado por la necesidad de especular, rescató á elevado precio sus propios terrenos jugando sobre ellos y mandando edificar. La catástrofe final se llevó, con los diez millones, todo lo que poseía, además los restos de la antigua y colosal fortuna de los Boccanera... Pero lo que sin duda no os han dicho han sido cuales fueron las causas ocultas y el papel que desempeñó en todo eso el conde Prada, precisamente el esposo separado de la deliciosa *contessina* á la que estamos esperando. Era el amante de la hermosa princesa Boccanera, de Flavia Montefiori que aportó en dote la villa á su marido. ¡Oh! Era una criatura admirable, bastante más joven que el príncipe, y se asegura que Prada dominaba al marido por medio de la mujer hasta el extremo de que se negaba ésta por las noches cuando el anciano príncipe rehusaba firmar ó comprometerse más en una aventura, en la que, desde el principio había olfateado el peligro. Prada ganó de una manera muy inteligente los millones que hoy se come. En cuanto á la bella Flavia, llegada á la madurez, ya debéis saber que, después de haber librado una pequeña fortuna del desastre, renunció galantemente á su título de princesa Boccanera para comprar á un real mozo, un segundo marido esta vez mucho más joven que ella y del que hizo un marqués de Mon-

tefiori el cual la sostiene en alegría y opulenta belleza, apesar de sus cincuenta bien cumplidos. En todo esto no hay más que una víctima y es nuestro buen amigo Darío, completamente arruinado y decidido á casarse con su prima que no es mucho más rica que él. Es cierto que ella le quiere y que él es incapaz de no amarla tanto como ella á él; pues de no ser así habríase ya casado con alguna americana, con alguna heredera de esas que tienen muchos millones, porque lo mismo han hecho otros príncipes; esto, á no ser que el cardenal y *donna* Serafina se hubiesen opuesto porque esos dos son también héroes á su manera; romanos orgullosos y testarudos, que creen deben conservar su sangre libre de toda alianza extranjera... En fin confiemos en que el buen Darío y esa preciosa Benedetta serán felices juntos.

Callóse y luego, después de dar algunos pasos en silencio, siguió diciendo en voz más baja:

—Tengo un pariente que pescó cerca de tres millones en el negocio de la villa Montefiori. ¡Ah! ¡Cuánto me pesa no haber estado aquí en aquellos tiempos heroicos del agio! ¡Qué divertido debía ser aquello y que buenas jugadas habría podido hacer un jugador de sangre fría!

De pronto, y al levantar la cabeza, vió ante sí el nuevo barrio de los Prados del Castillo; su rostro cambió de expresión, volvió á tener el alma artista, indignada, contra las abominaciones que habían cometido mancillando la Roma papal. Palidicieron sus ojos y su boca expresó el amargo desdén del soñador herido en su pasión hacia los siglos desaparecidos.

—¡Ved eso! ¡Contempladlo! ¡O ciudad de Augusta!

¡O ciudad de León X! ¡Ciudad del eterno poder y de la eterna belleza!

Pedro, en efecto, quedóse también enagenado. En aquel lugar extendíase en otro tiempo las praderas del castillo de Santangelo en las que crecían algunos álamos á todo lo largo de las orillas del Tíber; las praderas llegaban hasta las primeras pendientes del monte Mario y eran muy estimadas de los artistas que hacían con ellas un primer término de paisaje cuando pintaban el Borgo y la lejana cúpula de San Pedro. Y á la sazón en medio de aquella llanura trastornada, leprosa y blancuzca, veíase una ciudad entera, una ciudad de casas macizas, colosales, de cubos de piedra regulares todos semejantes, con calles anchas cortándose en ángulos rectos; un inmenso tablero de ajedrez con sus simétricos cuadros. De un extremo á otro reproducíanse las mismas fachadas, de tal manera que se habría dicho que eran hileras de conventos, cuarteles ú hospitales cuyas líneas idénticas se continuaban sin fin. Y el asombro, la impresión extraordinaria y penosa que aquello producía, procedía de la catástrofe, inexplicable desde luego, que inmovilizára aquella ciudad en plena construcción, lo mismo que si alguna mañana maldita un génio del desastre hubiese, con un golpe dado con su varita, suspendido los trabajos, ahuyentado los bulliciosos albañiles y dejado las edificaciones tales cuales se hallaban en aquel momento preciso en su lúgubre abandono. Todas las fases sucesivas porque pasa la edificación hallábanse allí reunidas, desde los terraplenamientos y los huecos para los cimientos, restos sinuosos que la hierba había llenado, hasta las casas completamente concluidas y habitadas. Había casas cuyas paredes apenas salían del suelo; otras que llega-

ban hasta el segundo piso, el tercero, algunas con su entramado de vigas de hierro al descubierto y sus ventanas abiertas al aire libre. En cambio otras estaban cubiertas con sus techos pero semejantes á enormes osamentas abiertas á todos los vientos y semeándose á inmensas jaulas vacías. Tris estas venían las terminadas; pero á las que por falta de tiempo no se había podido revocar los muros exteriores y otras que se habían quedado sin poderlas poner puertas y ventanas. Otras en cambio tenían puertas, persianas y ventanas, pero clavadas, cual si fuesen tapas de feretro cubriendo aquellas varias habitaciones en las que no había ni un alma. Estaban habitadas otras, en parte algunas, por completo pocas, animadas por la más inesperada de las poblaciones. Nadie es capaz de dar idea de la lúgubre tristeza de esas cosas; la ciudad de la hermosura del bosque, durmiendo herida por un letargo mortal antes de haber vivido, aniquilándose en aquel pesado sueño esperando un despertar que no debía llegar jamás.

Siguiendo á su compañero internóse Pedro en largas y desiertas calles que tenían la inmovilidad y el silencio de las de un cementerio, pues por ellas no pasaba ni un coche ni un transeunte. Muchas de ellas ni siquiera tenían arroyo ni aceras, invadiéndolo todo la hierba y llenando los huecos sin empedrado, de la misma manera que habría podido suceder en un campo que volviese al estado de Naturaleza. Sin embargo de esto, hacía muchos años que había por allí mecheros de gas, pero no eran más que tubos de plomo sujetos á un pie derecho. A los dos lados los propietarios habían cerrado herméticamente con tablas todos los huecos de los cuartos bajos y de los pisos superiores, para no te-

ner que pagar el impuesto sobre puertas y ventanas. Otras casas, apenas empezadas, estaban cerradas con empalizadas por el temor de que las cuevas no se convirtiesen en asilo de todos los bandidos del país. Pero lo que más desolaba, eran las ruínas jóvenes, altos y soberbios edificios, no concluídos aún, ni siquiera revocados, que no habían podido vivir aún su vida de gigantes de piedra, y que, por el contrario, agrietábanse por todas partes, por lo cual, había sido necesario apuntalarlos por sus costados con complicados andamijes y evitar de esa manera que se derrumbasen al suelo convertidos en polvo. Oprimíase el corazón lo mismo que en una ciudad, á la que un azote asola bariendo á los habitantes; era lo mismo que si por allí hubiese pasado la peste, la guerra ó un bombardeo cuyas huellas parecía se conservaban en aquellas inmensas vacías osamentas. Después, al ocurrirse la idea de que todo aquello era un nacimiento abortado y no una muerte, se aumentaba, agrandándose la melancolía, desbordándose de ella una infinita humana desesperación, al pensar que la destrucción iba á hacer su obra antes de que los soñados habitantes, en vano esperados, hubiesen llevado la vida á esas mansiones que nacieron muertas. Había además en todo aquello la cruel ironía de que, en cada esquina y con magníficas lápidas de mármol, se indicaba el nombre de la calle, nombres ilustres tomados de la Historia, como los de los Gracos, Scipión, Plinio, Pompeyo, Julio César, que resaltaban sobre aquellas paredes sin concluir y tambaleantes como una irrisión, como un bofetón del pasado dado á la impotencia moderna.

A Pedro le llamó una vez más la atención esa verdad de que, cualquiera que posea á Roma se siente

enseguida devorado por la locura del mármol, por la vanidosa necesidad de edificar y dejar su nombre en un monumento de gloria que contemplarán los pueblos futuros. Después de los Césares apilando sus palacios en el Palatino, después de los papas reconstruyendo la Roma de la Edad media y timbrándola con sus armas, se presenta el Gobierno italiano que no ha podido ser dueño de la ciudad sin proponerse enseguida reconstruirla más esplendente y enorme que lo había sido nunca. Era esta la sugestión misma del suelo; era la sangre de Augusto que de nuevo se agolpaba al cráneo de los últimamente llegados, impulsándolos á la demencia y sugiriéndoles la idea de hacer de la tercera Roma, la nueva reina de la tierra. Y de ahí los proyectos gigantescos, los muelles ciclópeos, los simples ministerios luchando en magnitud con el Coliseo; de ahí esos barrios nuevos con inmensos caserones surgidos al rededor de la ciudad antigua, como otras tantas más pequeñas. Se acordaba de la cintura yesosa que, de la cúpula de San Pedro, había visto rodeando los viejos techos retostados por el sol y que desde lejos semejábese á una gran cantera abandonada, por que no era solo en las inmediaciones del castillo de Santangelo, si no que eso mismo que allí pasaba repetíase en la puerta de San Juan, en la de San Lorenzo, en la villa Ludovisi, en las alturas del Viminal y del Esquilino en donde los barrios nuevos empezados y á medio edificar, se venían abajo sembrando de escombros la hierba de las desiertas calles. Aquella vez, después de una fertilidad asombrosa que había durado dos mil años, dijérase que el suelo se agotó al fin, y que la piedra de los monumentos se negaba ya á arraigar allí. Del mismo modo que en los huertos muy antiguos, cuando se